


El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 750
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO  HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Lagar núm. 5.

NÚM. 9.

Sevilla.—Viernes 11 de Enero de 1901

AÑO XXV.

LA CLAUSURA

El Parlamento ha cerrado sus puertas. La representación nacional queda en suspenso para no molestar el placido sueño del Gobierno y para no perturbar la placidez del idilio amoroso de la afortunada princesa, que puede ser reina de España con arreglo a la Constitución, a la vez que deje libres a los ministros estas vísperas carnavalescas, para que se entreguen a sus devociones y para que hagan penitencia ante la institución luisiana del Sagrado Corazón, y reciban la mística bendición de los hijos de Loyola y los saludables consejos de la Compañía, para extirpar las últimas sombras de la libertad que nos queda.

El devoto Azcárraga, el místico Ugarte, el hipócrita Vadillo, podrán ya impunemente blasonar de sus sentimientos reaccionarios y aplicar todas las disposiciones de la represión con la suspensión de garantías, y sin temor a fiscalizaciones más ó menos impertinentes, como afirman en las intimidades de los locutorios conventuales donde se decide la suerte de España.

Las Cortes, que en realidad solo se reunieron para sancionar el famoso idilio, cierran sus puertas sin haber examinado el presupuesto; y aunque han aprobado las leyes militares para el año actual, ha sido merced a la benévola complicidad de los demás elementos monárquicos, atentos a la sucesión en el mando, al desdichado partido imperante que se llama Unión conservadora, pudiendo y debiendo, en realidad, apellidarse disolución nacional y liga clerical neo reaccionaria, consagrada a elevar al clericalismo y a destruir todas las conquistas de la libertad, borrando la autonomía nacional y sustituyendo al Gobierno de la nación por disposiciones y breves pontificios, que son los verdaderos decretos que aquí imperan.

Han peleado indudablemente con ventaja, en algunos casos, las oposiciones. Se ha afirmado el principio de libertad contra la teocracia gubernamental. Han brillado los oradores democratas haciendo admirable alarde de sus talentos; pero la batalla definitiva la ha ganado el Gobierno, y la teocracia impera en los comienzos de siglo como imperó en los últimos años de la pasada centuria.

Muda ya, hasta no sabemos cuándo, la tribuna parlamentaria; aullados, por la suspensión de garantías, que perdura, los más preciados derechos constitucionales, con pretextos ridículos, entramos en un período de franca reacción, en que no será extraño que los modernos Franciscos (el chico) obliguen a los liberales a afeitarse el bigote en la vía pública, como se hacía en la primera mitad del pasado siglo.

El Gobierno que sigue gobernando con Cortes, no tolera a éstas más que como instrumento para sus demasías y como escudo ó resorte para alardear de ideas y principios que ni siente ni profesa, y nuestra mansedumbre llega a un punto tal, que avergüenza y sofoca ver cómo este pueblo sigue soportando el pesado yugo reaccionario que nos ha retrogradado a los dichosos tiempos de la Edad media, en que no había más que señores y esclavos.

Parece que, con el sentimiento de la dignidad, hemos perdido hasta la condición de hombres, y nos acomodamos tan bien a la servidumbre, que no nos alarma la pérdida de la libertad, ni nos causa disgusto la invasión de los derechos del ciudadano.

Así vemos con glacial indiferencia cómo se cometen abusos contra los derechos de todos; cómo se establecen entre disimulados adversarios componendas que atentan al honor, al bolsillo y a la dignidad de la familia, y nos quedamos tan frescos, como si fuera la cosa más natural del mundo; y eso que la ocasión no puede ser más propicia ni oportuna.

Cerradas las Cortes, imperará el capricho y el arbitrio ministerial en toda su extensión, y aquellos serán víctimas del interés de secta ó de las concupiscencias frailesas ó justicias; sufrirán todos los horrores del martirio, si no establecemos todos los liberales la liga de la solidaridad, y arrojamos a la secta nea imperante del dominio del Estado y del territorio nacional.

Murmuraciones

Algo enredada anda la política española para poder vaticinar lo que pueda suceder antes del casorio, en el casorio y después del casorio.

El presidente del Consejo—que ha confesado que la muerte del obispo Morgades es una desgracia nacional—está por ahora ocupado en llorar las amarguras que en su ánimo ha producido desgracia tan irreparable.

Silvela, un tantico convencido de que no le valen sus artimañas para llegar de nuevo a la poltrona presidencial, se muestra algo catiaco-tocado.

Tetuán, ocupado en remendar y embetunarse las botas, por si eso de los turnos se concluye, anda del brazo de D. Germán Gamazo; soñando con regenerar el país a seis meses fecha.

Romero Robledo, como anda como las veletas, según el viento que corre, no se sabe por qué sendero habrá de emprender la nueva ruta. Por el pronto se ha metido en cama algo acatarrado.

Y el zorro Sagasta, ese matalas callando de la política española, viéndolas venir... quiero decir, atisbando lo que puede suceder, y meditando las mentiras y las promesas que ha de dar a los vientos para levantar el ánimo de sus hambrientas huestes, que no se conforman a vivir la vida de la cesantía.

Y aquesta es la situación desdichada y anormal, pero seria y natural, en que se halla la nación.

¡Bonito me van a poner al príncipe consorte en el día de la boda!

Lean ustedes con atención y sin reírse: «Considerándose muy modesto el uniforme de capitán honorario de Estado Mayor para que le vista D. Carlos de Borbón en el acto solemne de su boda con la princesa de Asturias, se le concederá el collar de Carlos III para que vaya al altar con el atavío propio de la insigne orden.»

Consiste éste en calzón corto de terciopelo azul, medias de seda blanca, zapatos azules, jubón azul acuchillado de blanco, con gorguera y puños de encaje, sobre el cual cae el collar; y le completan gran manto de cola azul, salpicado de estrellas de plata; y birrete azul con rizada pluma blanca.

Va a parecer, no un príncipe real, sino un pavo real.

Daría algo—no mucho, porque tengo muy poco!—porque el tal príncipe se diera un paseito por Sevilla vestido de esa manera.

¡Lo que se le ocurriría a las muchachas de mi barrio!

¡Y los peñascazos que le iban a tirar!

Ha subido el municipio las sepulturas modestas, pero, en cambio, ha rebajado las llamadas de primera.

Veá usted: es una cosa que ni me enfra ni calienta.

Yo tengo mi testamento muy claro en esta materia. Digo con letras muy claras:—Me guardarán en la tierra sin rezarme un padrenuestro ni ninguna otra monserga.

No quiero señal alguna que indique dónde se encuentran los miserables despojos de lo que fue mi existencia, pues me tienen sin cuidado, con la gente venidera, los que han sido y los que fueron, y los que, viviendo, sean.

Ahora sí... ruego solicito a los amigos que quieran cumplir este testamento que hago con razón serena, que me entierren en un sitio donde sombras no me envuelvan; donde el sol continuamente, mientras alumbre la esfera, con su cariño amoroso me dé calor en la tierra...

Porque yo, sobre este punto, soy como la Magdalena: ¡he amado mucho, mucho, y aun muerto, estarán mis venas ardiendo en fuego sagrado, bendiciendo la existencia, con sus frailes y sus monjas, sus alegrías y penas!

La situación, historiada por un testigo ocular:

«Ya no se guardan las formas, ni se tiene miramiento alguno. ¡Muera la libertad! ¡Abajo para siempre el liberalismo! Nada de ley, ni derecho, ni provecho, ni civilización; todo eso

es maldito y va a concluir por nuestro esfuerzo.

Cada palacio, cada ministerio, es una sentina de carlistas juramentados; por todas partes jesuitas y fanáticos, y en el aire respirándose la brutal reacción que ya todo lo tiene minado, cuarteles, iglesias, universidades, palacios, audiencias, prensa, púlpitos, confesionarios, hasta los hogares, todo es una conjura contra el liberalismo al que se cree ya muerto, sin defensores, en un pueblo de excépticos, de cretinos y estetas, formado en veintiseis años de restauración.

¿La subida de los liberales? ¿Sagasta? ¿Los demócratas? ¡Qué locura! ¡Ilusiones de viejos! Aquí no habrá más liberales en el poder: son fruta del siglo pasado. En adelante, ¿cómo han de subir si no los llamará nadie, porque sería el llamarles un pecado? ¡Y qué pecado! Que lo digan Nocedal, Ort y Lara ó Vadillo: ¡¡¡jamás, jamás, jamás!!!»

Como esto sea verdad, los fusionistas van a pasar un verano destestable.

¡Ellos, que cuentan ya con bañarse en el mar y en el presupuesto!

El *Imparcial* de Madrid, que tiene a su redactor jefe por estos mundos andaluces recogiendo impresiones para regenerarnos, ha dedicado un artículo espampanante a Sevilla, y por ende —¡y aquí está la pasoral!— a su alcalde, al que, en contraposición con toda la prensa sevillana, lo eleva al quinto cielo de la fama.

Nosotros vivimos aquí, y decimos que jamás ha tenido la municipalidad sevillana un alcalde que administre más desastrosamente.

Pero viene el redactor de *El Imparcial*, y en dos días que permanece en Sevilla de comilona en banquete, se entera de todo lo contrario, y ve todo aquello que nosotros—¡pobres ciegos!—no hemos podido ver.

Coincide la campaña de *El Imparcial* con la gran reforma que se proyecta por el señor Alcalde, cuya reforma consiste en echar abajo el Seminario Conciliar, dándole dinero a sus huéspedes y poseedores, abriendo vías y más vías... porque esto de las vías, por lo que se ve, es un caño libre de oro ó plata.

¿Por qué no se vende la prensa de Madrid?

¿Por qué cada día va a menos, y por qué, harta de reformar y regenerar la Corte, se viene hacia acá buscando nuestra regeneración?...

¡Abt verá usted!

¡Gracias a *El Imparcial* tenemos un alcalde modelo, unos planes y unos planos grandiosos y una vida exuberante!

¡Todo por cinco céntimos!

¡Por una perra chical!

¡Qué gallo tapado hay en todo esto?

¡Lo hay!

Ya se dirá a su tiempo.

¡Y qué brinco van a dar algunas personas!

CARRASQUILLA.

Sorpresa y asco

Yo he visto lo que puede ver cualquiera: un bouquet de beldades femenino, reflejo de lo humano y lo divino... ¡Qué cosa más bonita y hechicera!

Y del grupo gentil, casi a la vera, otro grupo, de aspecto masculino, proponiendo bestial el desatino porque Sodoma maldiceada fuera.

Tras ver a las muj-res desdeñadas, al mirar varios hombres convertidos en torpes mujerzuelas descoadas, la viril rebelión de mis sentidos.

—¡¡Merecen—grítome—tus miradas esos estercoleros repodridos!!

M. CASOS.

11 Enero 901.

Un profesor de historia

La reina ha nombrado profesor de historia del rey al que explica esa asignatura en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, a D. Fernando Brieva y Salvatierra.

Este señor Brieva, profesor del rey, es algo primo mío. ¡Qué honor para la familia!

Mi madre era Brieva de segundo apellido, y entre mis recuerdos de la infancia figura don Fernando, el profesor y su familia.

Lo recuerdo bien. De niño me fastidiaban bastantes veces mi madre y mis tíos, llevándome de visita a una casa en la cual no se podía jugar, a una casa sin niños. Era el domicilio de los Brievas, situado entonces en el piso segundo de la casa llamada de la *mesta*.

Me acuerdo, como si lo estuviera viendo, de

aquella sala solemne, siempre medio a oscuras con el sofá enorme y los dos sillones en el testero principal, como si fuera a constituirse un tribunal terrible; alfombra en el piso; un braserito dorado de amplísima caja de madera y enorme copa, muchos muebles inútiles y cuadros de asuntos bíblicos de la escuela española en las paredes. Todavía siento algo extraño, mezcla de miedo y respeto, al evocar en la memoria las figuras de los barbudos viejos que miran lascivos a la casta Susana; de los buenos judíos que bajan de la cruz el cadáver de Cristo, y del padre de Fernando, un señor muy tieso, grave y viejo, que se llamaba D. Bernardo.

Este y Fernandito, así llamaba a su hijo, *al sabio*, jamás nos besaban. En cambio otro hijo, de D. Bernardo, Antonio, estudiante entonces de medicina, nos inspiraba confianza y simpatía.

Antonio (q. e. p. d.) era liberal y franco y chistoso, y muy frecuentemente divertía a las visitas contándonos las excentricidades de su hermano Fernando, un tipo raro, más aficionado a los cacharros viejos que a las mujeres.

El tal Fernandito, huraño, sombrío, me era antipático. Su familia decía que estaba algo chiflado de tanto estudiar.

Es uno de esos hombres, de los cuales dijérase que habían salido hablando latín y con anteojos, perilla y bigote, del vientre de su madre.

No se sabe de mi lejano primo que haya soltado jamás una carcajada, ni un juramento. No ha hecho calaveradas.

Es incapaz de amar.

Su única pasión conocida es coleccionar antigüedades. Tiene fama de sabio. Yo creo que no es más que un chararilero erudito.

Cuando he leído que aquel coco de mi infancia era profesor del rey, he sentido por primera vez en mi vida de republicano de nacimiento una compasión sincera y grande hacia el joven Alfonso. Lo digo de veras, sin asomo de ironía: compadezco al futuro rey.

D. Fernando, con su sonrisita, sus anteojos, su *peu* de arcáico, su bigote y su perilla clásicos, su color terroso, parece un familiar del Santo Oficio, un pretendiente de la corte de Felipe III ó un poetastro hazme reír de Quevedo y Góngora.

¿Qué historia enseñará ese hombre a don Alfonso? Embustes de mentidero, patrañas de celda frailuna, himnos al gran siglo (el más funesto para España, origen de su decadencia), anatemas a la libertad, y mucho Lepanto... que da espanto; y mucho Olumba... que retumba.

¡Pobre rey! Montaña le ha falsificado la religión y le ha adulterado la moral, y ahora el doctor Brieva le va a servir historia con telarañas y moho.

En vez del sermón de la Montaña sabe el rey los sermones de Montaña, quien le ha dado por Evangelio el Syllabus.

¿Hay en España un joven de 15 años más digno de compasión que Alfonso XIII?

Yo me acuerdo de aquel hosco estudiante que prefería los platos de Talavera a las buenas mozas; le veo ahora de maestro del rey y me da tanta lástima de S. M. como de este pueblo imbecil, juguete de frailes y de dómines.

ROBERTO CASTROVIDO.

A LAS PUERTAS DEL SIGLO NUEVO

Lo que no es necesario no se cumple. El orden de las cosas rechaza lo superfluo. Conviene que también por España, donde generalmente nos pasamos la vida en discusiones de concepto, oigamos alguna vez la verdad desnuda. Es obra de maldad entretener con paliativos la agonía de una nación que hace por lo menos medio siglo que vive sin necesidad de vivir.

Comenzó un siglo nuevo. Francia, Alemania y los austriacos, y los hijos de Rusia y de Inglaterra se preparan e ingresan en el palacio nuevo con su ideal a cuestas; nosotros no podemos imitarles, no debemos seguirles; nos quedaremos a la puerta de ese siglo, dentro del cual no hay lecho preparado para nosotros.

¿Quién de entre nosotros tiene necesidad de un poco más de tiempo que emplear en lamenta-

